

llos tiempos, durante un momento, con alegría indecible.

¿Era el amor? No; era la embriaguez de los dieciséis años emborrachados por el aroma de las primeras rosas.

Bailamos todo aquel día, no á los sonos desafinados de un órgano, sino á los de un magnífico piano Eraul. Gastón me sentó en una cuna de clemátidas y de lilas, y allí oímos, sin verles, las carcajadas de Laura y las voces de Rafael.

Gastón me hablaba en voz queda.

¿Qué me decía? Nada. Si me hablara en hebreo también le hubiese comprendido.

¿Y después?

Cuando regresamos, por mi parte tal como fuí, abracé á mi madre por la noche orgullosa de mí misma.

Lo juro por todas las rosas de la próxima primavera.

V

Lo imprevisto y lo desconocido

Nos mudamos de la isla Saint Luis y fuimos á Passy. Habitábamos los bajos de una casita situada en la calle de la Pompe, cerca de la de Jules Janin.

Los bajos tenían un jardinito grande como la palma de la mano, que poseía por único bosque un albaricoquero y por fuente el agua que caía del canalón de la fachada. Los pájaros cantaban, pero eran canarios prisioneros dentro de una jaula do- rada.

A mi madre apenas le habían quedado

unos mil quinientos francos de renta y olvidábase ya un pasado lujoso, consolándose con Dios y sus tres hijos; mi hermano estaba próximo á ingresar en la escuela naval de Brest: mi hermana seguía en San Dionisio y yo en el Conservatorio.

No podía separarme de mi madre, sino para ir á jugar alguna vez á casa de mi primo de la calle de Cerisaic.

No fuí más á Saint-Clout.

Mi madre me prohibió leer y escribir.

¿Para qué? ¡He leído malos libros y escribo uno!

Mi hermoso Gastón de Foix quiso nuevamente tenderme otro lazo, pero yo me volví arisca como una cierva. Huía sí, al fondo de los bosques, pero era con mi madre y en los del jardín de mi casa. Gastón me seguía hasta la puerta; y llevando hasta lo sublime su pasión, subía conmigo al ómnibus que me conducía a la Opera.

Presentía yo que tarde ó temprano caería en los brazos de Gastón; pero experimentaba no sé qué vivo placer en resistirme á mí misma.

Estaba orgullosa de no haber caído aún; sentíame virtuosa jugando con mi amor y con mi amante.

Pero un día no tuve tiempo para reflexionar y caí neciamente como si el azar fuese dueño y señor de mi cuerpo.

¡Me equivoco, no fué el azar! Fué el orgullo. El orgullo pierde á más mujeres que el amor mismo.

¡Terrible día! Salía del Conservatorio; el tiempo era lluvioso y pensaba que debía

encaminarme hasta la plaza de la Bolsa para tomar el ómnibus de Passy, furiosa ante el miedo de ensuciar mis lindos zapatos porque siempre me ha gustado ir bien calzada.

Un lujoso cupé con dos caballos permanecía parado en la puerta del Conservatorio, los caballos eran tan soberbios, el coche tan elegante, que al abrir mi paraguas no pude menos de admirar un momento aquellas maravillas. Una de mis amigas pasaba.

—Es el cupé del conde, me dijo, al ver la corona.

—¿El conde de qué? ¿El conde de quién?

—El conde de nadie, ignoro su nombre, es el amante de Eugenia.

—Creía que ésta sólo usaba coches de alquiler.

—¡Ya, ya! El la espera ahora. No tendremos nosotras esta suerte. Y sin embargo tenemos cara y piernas.

Y diciendo esto, mi amiga marchóse bailando.

¿Por qué me quedé sobre la acera?

El conde, que había asomado su cabeza para verme bajando el cristal, echóme una mirada y una sonrisa diabólica.

Sonreíme también, observando esto abrió el conde la portezuela é invitóme á subir.

¿Por qué subí sin hacerme de rogar? ¿Era porque llovía? ¿Era porque el conde tenía una simpatía irresistible de gran señor? ¿Era porque encontraba gracioso dejar mi paraguas á Eugenia?

No sé nada, ni aún hoy me lo explico.

Conquistó el conde mi espíritu. Mi alma

pertenecía á Gastón. Pero del conde desprendíase no sé qué perfume aristócrata de buena cepa; sabía mucho, hablaba muy bien de todo y parecióme que poseía pequeñas llaves de oro para abrir una imaginación.

Y después eran tan hermosos sus caballos! ¡¡íbase tan bien dentro de su cupé!

Quise preguntar adónde íbamos; pero comprendí que eso no me importaba.

Atravesamos los Campos Elíseos y el Arco de Triunfo siguiendo por la gran avenida de Neuilly. Pronto reconocí el antiguo parque lleno hoy de preciosas quintas.

Cerca del Sena y al lado de un enorme palacio antiguo detúvose el coche frente un diminuto y elegante hotel estilo Luis XIII escondido entre el follaje de los árboles y la madre selva que trepaba por todos los huecos.

Saltó el conde al suelo y me dió la mano para apearme.

Sobre la escalinata vimos adelantarse á una ama de llaves, colorada y fuerte. Tenía el aspecto de mujer formal, y representaba cuarenta años de edad.

—¿El señor conde come aquí? preguntó.

—Sí, respondió el conde.

—¿Se acostará aquí el señor conde? repitió la mujer.

—Pregúntaselo á la señorita.

Y el conde añadió con exquisita cortesía:

—Señorita, ignoro el nombre de usted; pero me es igual, puesto que no le diré el mío jamás. ¿Qué me importa? Está usted en su casa. El chalet, los árboles, la fuente, un ca-

ballo de silla que se llama Mustafá, una pequeña barca para pasear por el Sena, todo lo que hay dentro la casa y un crédito de veinticinco mil francos en casa de Worth, todo es suyo. Me creí en el Chalet viendo representar un cuento de hadas.

—Y puesto que, continuó el conde, está usted en su casa, ruego á usted, señorita, dé sus órdenes. Todos la obedecerán incluso yo.

—Pues entonces, caballero, abráceme usted!

VI

La vida claustral

La comida no fué mágica, pero sí admirablemente servida.

Ensayé penetrar en todo aquel misterio; pero el conde respondiome siempre con ingeniosidades. Divertíase con mi sorpresa y mi curiosidad no diciéndome más que lo que le convenía decirme.

Por la tarde condújome á la barca. Pero como el tiempo continuaba siendo desagradable, no quise dar paseos sobre el agua. Regresamos al jardín y continuamos paseando á pesar de la lluvia.

—Todo esto, dije al conde, por dejar mi paraguas á Eugenia.

—Tal vez ella quisiera devolverlo, me contestó sonriendo.

Y no volvió á hablar del asunto.

Al día siguiente dejome muy temprano.

—Quisiera, dejar á usted mi caballo y mi coche, pero no subo jamás á un *ómnibus*. Si

usted sabe montar á caballo, monte á Mustafá y dé un paseo por el Bosque; si no sabe usted puede pasear por las próximas alamedas. Es un animal muy inteligente y dócil que no se encabrita aunque se le excite; en el tocador hallará usted un traje de amazona que quizá le esté bien.

Y sonrióse como si pensara en la que la había vestido antes que yo.

Muy niña era cuando montaba á caballo con mi hermano, después no monté más; pero no tenía miedo, así es que el mismo día me aventuré sobre Mustafá por las alamedas del parque Neuilly.

—¿Cuándo volverá usted? pregunté al conde.

—No me espere usted nunca, respondió; tal vez hoy mismo, tal vez dentro de ocho días...

No me pareció esto muy alegre, pero no tenía tiempo para reflexionar. Precisaba acomodarme á la nueva existencia; por otra parte me sostenía una inmensa curiosidad.

¡Y además había escrito ya á Worth!

A los tres días fuí completamente metamorfoseada hasta el punto de no conocerme.

Quando tuve una amazona hecha para mí, fuí al Bosque de Bolonia montando á Mustafá.

Allí pude ver al conde, que se paseaba á pie con Khalil-Bey y M. Auber, el director de la Opera. Hízome un pequeño gesto indicándome que aquel día nos veríamos.

Vino á cenar con Khalil-Bey, y después de la comida nos fuimos á Variedades para